

## CAPÍTULO I

# MI LLEGADA A LA ARGENTINA

### MI INFANCIA

Nací en Madrid, capital de España, en 1889; hija de padres obreros, a los cuatro años quedé huérfana de padre y quedamos solos, en la mayor indigencia, mi madre, mi único hermano Ciriaco, y yo.

Mi madre se dedicó a la costura para poder atender a nuestras necesidades económicas. Una tía, hermana de mi madre, que estaba en la República Argentina, en Buenos Aires, en condiciones económicas bastante favorables, le pidió que le mandara a mi hermano, lo que mi madre aceptó, porque así, le era más fácil poder sobrellevar la carga pesada a que se veía obligada por la muerte de mi padre.

Pocos años duró la separación con mi hermano, pues en el año 1900 nos mandó el pasaje para que viniésemos, y así lo hicimos. El 24 de julio de ese año desembarcábamos mi madre y yo, en el puerto de Buenos Aires. Yo tenía ya 11 años y me encontré en un ambiente totalmente distinto del que había vivido.

Mi hermano ya era un hombre, tenía 20 años, y se había dedicado mucho al estudio, cosa que a mi me había estado vedado, porque mi madre, a causa de su situación, nunca me mandó a la escuela. Yo apenas sabía poner mi nombre y un poquito sumar, y mi hermano se interesó mucho por esto y trató de enseñarme y ayudarme en lo posible. Al llegar, enseguida mi madre me puso a trabajar, porque era necesaria mi ayuda para poder vivir. Mi hermano se estaba por casar y no podía prestarnos gran ayuda.

Con él empecé a frecuentar asambleas y reuniones de carácter social y obrero. Hacía algunos años que se había dedicado al estudio de los

problemas sociales y frecuentaba todos aquellos lugares donde se realizaban funciones, conferencias, y se conversaban y discutían todos esos problemas.

Yo parece que ya lo llevaba en la sangre, y me identifiqué tanto con aquel ambiente e ideología, que enseguida empecé a actuar y querer saber y conocer todo lo que a mi alrededor se hacía y discutía. Lo primero que hice, fue tratar de aprender a leer y escribir, cosa que conseguí muy pronto, pues lo que otros hacen en años, yo lo conseguí en meses. Claro, que no con corrección pero lo suficiente como para poder leer un folleto, un libro o un manifiesto, y después, poco a poco me fui superando. En ese sentido he sido un poco descuidada, pues me entregué con tanto cariño a las ideas y la propaganda, que no seguí un estudio para poder poseer un título, que en ciertas ocasiones de mi vida me hubiera sido muy útil y necesario. En cierta oportunidad, en un congreso que se realizó en 1929 al que fui enviada por el diario "El Mundo", me decía el profesor Pablo Pizzurno, con quien tuve amistad: "¿De qué le sirve, señora Buela, poseer tantos conocimientos, si no tiene usted un título, ese título que en muchas ocasiones es necesario?" Y tenía razón; muchas son las veces que en el correr de mi vida lo hubiera necesitado.

A los cuatro años de haber venido de España, o sea en 1904, ya me reunía yo con algunas compañeras y compañeros, ¡echaba mis primeras cartas! ¡era una niña, tenía 15 años! Me parecía que ya comprendía todos los problemas sociales y mi juventud y mi entusiasmo me llevarían a tomar parte en cosas que no comprendía bien pero que me gustaban. En 1904 se realizó un mitin el día 1º de mayo, organizado por la *Federación Obrera Regional Argentina* junto con el partido Socialista. Después de un recorrido por algunas calles de la ciudad, nos concentramos en la Plaza Mazzini, y antes de que hablaran los oradores que habían sido designados, el escuadrón de seguridad de la policía atacó a los manifestantes y los baleó. Allí tuve yo mi primer bautismo de sangre. Lejos de amilanarme, eso sirvió para retemplar mi corazón y espíritu joven y uniéndome a un grupo de compañeras, entre ellas Teresa Caporaletti, María Reyes, Elisa Leotar y otras, pusimos el cuerpo de un compañero, ya inerte por los cosacos, en una escalera que nos facilitaron en una obra en construcción, y lo llevamos a pulso hasta la calle Pozos, local de la *Federación Obrera Regional Argentina*. El compañero muerto era del

gremio de peluqueros y se llamaba Ocampo. Se le estaba velando, cuando la policía obligó a que le entregaran el cuerpo, por lo que no pudo dársele sepultura.

